

A mi padre, David Gaydos

デヴィッドゲーデイス

1936-1988

Uno

ESTADOS UNIDOS, EN LA ACTUALIDAD

Incluso de noche, con la mitad del personal, el Instituto Oncológico Taussig navegaba con la serenidad propia de su tocayo.¹ Con el doctor Amon al timón, yo rezaba para que mi padre capeara de alguna manera el temporal, pero sus recaídas me mantenían sentada a su lado, observándolo en busca de señales.

Aunque había atenuado la intensidad de la luz y tenía la televisión sin sonido, mi padre forcejeaba con el sueño. La maquinaria zumbaba, los monitores pitaban, las conversaciones procedentes del vestíbulo llegaban en oleadas. Alguien lanzó un silbido.

«Llamar al viento tiene sus riesgos —decía papá sobre sus tiempos en alta mar—. Puedes acabar invocando vendavales y aguas turbulentas.» Aquel hospital no era el barco de la Marina en el que había servido durante los años cincuenta, pero la improbable coincidencia de que

1. Referencia al USS *Taussig*, destructor fletado en enero de 1944. (N. del T.)

ambos compartieran nombre me impedía desdeñar las supersticiones náuticas. Estiré el pie y cerré la puerta.

—¿Qué...? —Papá agitó los brazos e hizo que las vías intravenosas de plástico batieran como cabos contra un mástil—. ¿Tori?

—Estoy aquí, papá. —Me acerqué rápidamente a él y le puse una mano sobre el brazo—. Estás en el hospital, ¿recuerdas?

Durante la última semana se había despertado varias veces sin saber dónde estaba, y los períodos de descanso entre un despertar y otro eran cada vez más cortos. Aquello se había convertido en nuestra nueva normalidad.

Tensó el cuerpo para incorporarse e hizo una mueca de dolor, así que puse una mano tras la parte alta de su espalda y tiré de una almohada para colocársela allí. Pasé los brazos bajo los suyos y lo ayudé a desplazarse, maravillada ante lo ligero que se había vuelto. Él bromeó diciendo que era «medio hombre», pero yo no me reí. La verdad distaba mucho de ser graciosa, y la broma, de ser verdad. Seguía siendo mi padre, un hombre grande en todos los sentidos.

Le tendí un vaso de plástico con hielo. Lo sacudió para que los trocitos se aflojaran con el traqueteo y sorbió el líquido que se había derretido. Con sólo probarlo se disparó el reflejo: una tos convulsiva que se esforzó en aclarar. Cogí el vaso, le di unos pañuelos de papel y esperé a que se le pasara el ataque. Con la expulsión final, se recostó y cerró los ojos.

—¿Te encuentras bien? —Eran palabras vacías, porque era evidente que no se encontraba bien, pero de todos modos me tranquilizó asintiendo con la cabeza.

Entonces suspiró, el aire brotó profundo y rasposo, y las palabras se abrieron paso a través de él.

—¿Te he hablado alguna vez de la famosa calle Azul? Fue lo primero que vi nada más bajar del barco en Japón.

—Y la chica a la que le gustaron tus ojos fue lo segundo, ¿verdad? —me animé, contenta de que estuviera lúcido y esperando que se mantuviera así el tiempo suficiente para volver a contarme aquella historia.

—Bueno, en esa época tenía mejor aspecto.

—Ahora tienes mejor aspecto.

Así era. Tenía color en las mejillas; los ojos, penetrantes y concentrados. Sus movimientos habían mejorado. Era maravilloso y desasosegante a la vez. El doctor Amon me había dicho que estuviera pendiente de «la mejoría súbita» que iba a experimentar justo antes de la recta final.

Para mi padre, un último suspiro. Y, para mí, una última historia.

Sentada en la silla junto a su cama, me incliné hacia él y apoyé la barbilla sobre el puño cerrado.

—Así que diste un paso, te agachaste para deslizar los dedos sobre aquellas piedras brillantes incrustadas en el pavimento y...

—Y cuando me puse en pie, allí estaba ella.

—Mirándote.

—Sí. Y yo le devolví la mirada, vi mi futuro y me enamoré. —Papá inclinó la cabeza y sonrió ligeramente.

Aunque se tratara de su versión reducida, volví a enamorarme de aquella historia porque llevaba a todas las demás.

—Cada vez que llegaba al puerto, ella venía a verme —continuó—. Pero yo siempre estaba yendo y viniendo.

Así eran las cosas. Éramos como los dos barcos que se cruzan en la noche del poema de Longfellow. —Tuvo que esforzarse para respirar.

Estiré el brazo hacia su mano pecosa y se la apreté.

—Cuando dejé el ejército, me quedé varado en Detroit, ahogándome en una botella. Pero entonces conocí a tu madre, y ella me salvó. —Clavó los ojos en los míos—. Y ahora viene lo que tienes que saber. ¿Me estás escuchando?

—Sí. —No me perdía una sola palabra.

—Tu madre fue el amor de mi vida, pero antes de esa vida tuve otra. Eso es lo que he estado intentando contarte. —Los labios le temblaron.

¿Cuándo? ¿Cuándo había intentado contarme eso? Mi mente comenzó a recorrer veloz cada uno de los momentos de aquellas últimas semanas, procurando descifrar qué se me podía haber pasado por alto. Ni siquiera comprendía el significado de «tener otra vida». No estaba segura de querer hacerlo.

—Será más fácil si te limitas a leer mi carta. Necesito que lo hagas ahora, ¿de acuerdo, Tori? Ha llegado la hora.

«¿Ha llegado la hora?»

La inflamación en mi pecho fue instantánea. Se hinchó por debajo de las costillas hasta constreñirlas y atezar mi corazón. Mantuve aquella burbuja emocional en su sitio con respiraciones superficiales, temerosa de que estallara. No podía moverme.

Él estiró el brazo, me dio unos golpecitos en la mano.

—Está con mis cosas. Ve a por ella.

Encontré su bolsa detrás de la puerta del lavabo, la coloqué sobre la encimera y abrí la cremallera superior.

Con manos temblorosas, rebusqué entre sus cosas, pero me quedé paralizada al sentir el roce de un papel contra los dedos. Hice una pinza con ellos para liberar el sobre y me quedé allí plantada, mirándolo.

La tinta de color rojo. Los caracteres kanji. Los pliegues y las arrugas.

Regresé para enfrentarme a mi padre, nuestros ojos se encontraron.

Un hombre moribundo. Una hija con el corazón roto.
—Ven aquí, siéntate —dijo—. No pasa nada.

Pero sí pasaba. Porque no se puede retirar un adiós. Yo no estaba preparada para despedirme, así que tampoco quería escuchar la despedida de mi padre. No podía.

Me dolía la parte baja de la garganta, por la presión.
—Voy a..., hum...

Di un paso hacia él, entonces me detuve, necesité de toda mi energía para frenarme y para respirar hondo. El estrés de los últimos meses, la angustia por su lento declive, el cáncer implacable, y ahora... Se me hizo un nudo en la garganta mientras se me saltaban las lágrimas. Me dirigí rápidamente hacia la puerta.

Papá dijo algo, pero yo ya estaba en el vestíbulo, oculta a la vista. Me tapé la boca y me puse a respirar larga y profundamente, tratando de combatir la oleada de emociones. ¿Cómo habíamos llegado a ese punto? Habíamos investigado posibles tratamientos, habíamos aplicado todos los remedios caseros, habíamos visitado a un especialista, y seguía sin ser suficiente. Sentía que la confusión y la culpa se amontonaban sobre mis hombros, y yo languidecía bajo su peso. Miré el sobre. Pensándolo ahora, debería haberlo abierto el día que llegó.

Mi padre estaba mirando el partido en el salón.

—Tori, ¿eres tú?

—Sí, soy yo. —Arrojé las llaves y el correo acumulado encima de la mesa, sorprendida por el hecho de que me hubiera oído entrar con la televisión tan alta—. Hay una carta para ti. —Me asomé al salón y la agité.

Él mantuvo los ojos fijos en la pantalla. Los míos descendieron hasta la maleta vacía que descansaba junto a su sillón. Aún no había recogido sus cosas y salíamos para el hospital a la mañana siguiente. Aunque era una especie de milagro que el especialista le hubiera encontrado un hueco, entendía la falta de entusiasmo de mi padre.

Yo odiaba el cáncer.

La enfermedad estaba carcomiendo algo más que su cuerpo. Le devoraba el espíritu, y eso consumía el mío. Estaba desesperada, era una niña de treinta y ocho años.

Lo dejé viendo el partido, una de las pocas cosas con las que seguía disfrutando; me serví una taza de café y me puse cómoda para ordenar aquella cantidad excesiva de correo. Lo habían atado con gruesas bandas elásticas y lo habían embutido en su apartado de correos como si se hubiera marchado un mes de vacaciones olvidando poner el servicio en suspenso. Sólo que no era así. Simplemente había olvidado pedirme que fuera a ver lo que había.

Tomé un sorbo de café y me encontré mirando la carta. Había símbolos asiáticos estampados en rojo en todas las direcciones. Unas gruesas rayas también rojas atravesaban la dirección. Encima de ella, en caracteres occidentales, se leía «PARTI». «¿Parti?» Le di la vuelta. Le di la vuelta de nuevo. La habían doblado más de una vez,

tenía un borde raído, como si se hubiera quedado enganchada en el clasificador automático. Me sorprendió que hubieran acabado entregándola.

La periodista de investigación que llevaba dentro ardía en deseos de rasgar el sobre.

Lo puse a contraluz frente a la lámpara sobre mi cabeza. Si lo colocaba de la manera exacta, podía ver el perfil de una nota doblada y de una especie de cordón. Lo sacudí, pero no había nada pesado en él. Le di la vuelta, aplané las arrugas y entonces capté una palabra que me resultaba familiar, como un manchurrón en una de las esquinas.

«Japón.»

La tinta de la jota se había corrido, la reseguí con un dedo. ¿A quién conocía aún mi padre en Japón? Lo habían destinado allí cuando estaba en la Marina, y solía contar todo tipo de relatos exagerados sobre el tiempo que había pasado en el extranjero, pero habían transcurrido cincuenta años desde aquello. No había emblemas ni insignias militares, así que no era el anuncio de una reunión oficial. ¿Quizá una de tipo oficioso? Mientras estaba en el ejército había jugado al béisbol, incluso en Japón.

En una ocasión, el equipo de la Séptima Flota retó a los Shonan Searex, equipo de ligas menores de la ciudad de Yokosuka, a un partido de exhibición, y el estadio se llenó. Cada vez que hablaba de aquello, papá se ponía la mano ahuecada sobre la frente, como si estuviera examinando a la multitud.

—Por mucho que miraras no encontrabas un solo asiento libre. ¿Te lo imaginas, Tori?

Yo siempre lo hacía.

El terreno al aire libre, el césped perfecto, verde y bien

cortado, y mi padre, tan joven, tan nervioso, calentando sobre el arenoso montículo del lanzador.

—No sabes el ruido que hacían —me contaba.

En vez de aplaudir, golpeaban la parte trasera de los asientos con bates de plástico de diferentes colores: plof, plof, plof. Las capitanas de las animadoras corrían arriba y abajo por los pasillos, tocando tambores y gritando cánticos victoriosos. Había secciones designadas para que grupos organizados de seguidores cantaran temas personalizados y gritaran por sus megáfonos. Papá decía que, en el Japón de los años cincuenta, el béisbol le había dado una voz estruendosa a una cultura silenciosa.

Aunque se trataba de un amistoso, aquel encuentro tan publicitado frente a Estados Unidos tenía un trasfondo bastante denso. Papá decía que el País del Sol Naciente deseaba más que ninguna otra cosa devolverle la derrota a las barras y estrellas sobre rojo, blanco y azul.

—Casi desearía haber perdido —decía papá siempre—. La familia de mi chica estaba en las gradas y yo no quería insultarlos, especialmente antes de conocerlos.

Cuando contaba sus historias, la llamaba siempre «mi chica». Nunca supe su nombre. Y, si mamá estaba cerca, yo me quedaba sin historias. Cuando le preguntaba por aquella chica, sacudía la cabeza, resoplaba con las mejillas hinchadas y decía:

—La verdad es que era especial.

Igual que él. Yo lo adoraba.

Un hombre que era capaz de beber tanto aguardiente de frutas como su padre eslovaco, que se contoneaba como John Wayne y que contaba relatos extravagantes como nadie.

Aunque, en la mayoría de ellos, costaba discernir hasta qué punto eran reales.

—¿Qué es la verdad sino una historia que nos contamos a nosotros mismos? —A continuación, guiñaba el ojo, me daba un golpecito en la punta de la nariz y me dejaba allí, diseccionando lo que eran hechos y lo que era fantasía. Algo que aún seguía haciendo.

Pero aquella carta de Japón..., aquello sí era real.

—Los Tigers han perdido —dijo papá sobresaltándome mientras se dirigía arrastrando los pies hacia la nevera. La abrió y se quedó observando su interior.

—¿Quieres que te prepare algo? —Tenía que comer, se estaba echando a perder.

Al principio, su esbelta figura le había reportado cumplidos, pero la admiración cesó cuando la pérdida de peso no se detuvo. Incluso sus manos —las mismas que en una ocasión habían lanzado pelotas de béisbol en un estadio con todas las entradas vendidas— se habían convertido en huesos nudosos.

Cerró la nevera sin sacar nada, se apretó el cinturón de la bata de color azul y se rascó la barba de dos días que le cubría el hoyuelo de la barbilla.

—No, estoy bien, gracias. —Señaló el sobre—. ¿Qué es eso?

—Ya te lo he dicho. Te ha llegado una carta. —Se la mostró—. Es de Japón.

Me la arrancó de las manos a la velocidad del rayo y entornó los ojos para leer las palabras del sobre. Su expresión se vació de golpe. Estrechando la carta contra el pecho, giró sobre sus talones y salió sin decir una palabra.

Esperé unos minutos antes de ir tras él.

Estaba paralizado en el medio de su habitación en penumbra, con la vista fija en el sobre. Las cortinas de visillos no lograban impedir la entrada a la entrometida mirada del sol. Ni a la mía. Empujé la puerta unos pocos centímetros. La abertura dio paso a unas franjas alargadas de luz que fueron a golpearlo en el hombro. Se volvió y se llevó una mano al rostro sin afeitarse para esconder aquella expresión tan poco habitual, que para mí era tan extraña como la carta.

Una expresión con lágrimas.